

mirados del buen orden que se veía reynar en él, y del olor de piedad que respiraba, dieron gracias á Dios por haberles hecho encontrar tan cerca lo que iban á buscar léjos. Estableciéronse en este retiro, y Odon al lado de un maestro como el abad Bernon, no tardó en hacerse capaz de guiar á los demas.

Odon sobresalió tanto en las ciencias como en la piedad; y es muy creible que en siglo mas favorable á los talentos habria sido un escritor de primer orden. Tenia aquella eloqüencia animada, que es de todos los tiempos, y aquella expresion de un corazon compasivo y virtuoso, que jamas dexa de hacer su efecto á pesar de la rudeza del estilo, y del orden del mal gusto. Lo que se advierte tambien en sus escritos es que son los mejores, ó por mejor decir, los ménos desfigurados por la barbarie de todo quanto produjo este tiempo. Ya se ha visto quán célebre fué la nueva institucion de Cluni baxo el gobierno de este santo abad. Mantúvose, y se acrecentó todavía mas con la diligencia y grande reputacion de sus sucesores el piadoso y sabio Aymardo, que no gobernó mas que seis años, y san Mayolo, que vivió hasta el año 994, y que en sus últimos años descargó el cuidado del gobierno en san Odilon, ilustre por su nacimiento y talento, y todavía mas ilustre por su humanidad, desinterés y demas virtudes.

ARTICULO VIII.

Escritores eclesiásticos del siglo décimo.

No obstante las densas tinieblas de la ignorancia, y la decadencia de los estudios, no dexó de producir este siglo un crecido número de escritores, pues que ha dado materia á los actores de la historia literaria de Francia para un tomo grueso. Pero quiénes fueron los mas de estos escritores, y de qué casta sus producciones á vista de una crítica imparcial? Los que se ocupaban en escribir eran unos monges sin talento ni disposicion para suplirlos con el trabajo, que pasaban por hábiles, y que creían serlo porque habian cursado algun tiempo las escuelas, y á cuya pretendida sabiduría daba algun realce la ignorancia universal. En quanto á sus producciones, se reducian á compendios de obras antiguas, comentarios de la escritu-

ra, recogidos de los intérpretes de los siglos anteriores, vidas de santos, historias de translaciones y de milagros, crónicas, en que se referian los sucesos sin eleccion, sin examen, y aun muchas veces sin fidelidad.

Sin embargo, es preciso confesar que en esta multitud de escritores hubo algunos á quien no faltó otra cosa que guías mas seguras, y principios de gusto mas delicado, ó por mejor decir, circunstancias mas á propósito para manifestar el ingenio, y darle un feliz impulso para llegar á la perfeccion, de que son capaces los asuntos en que se exercitaban. En tan grande número vamos á escoger los que nos han parecido dignos de particular atencion, y que á lo ménos han tenido el mérito de conservar á la posteridad algunos retazos de las noticias que se habian perpetuado hasta su tiempo, y de unir, por medio de sus obras, imperfectas como son, los siglos de luz que se vieron nacer mucho tiempo despues, con la edad feliz de la literatura, que les habia precedido. Eutichio, egipcio de nacion, que vino al mundo á fines del siglo nono, exerció en los principios la medicina, y compuso algunos tratados sobre esta ciencia. Habiendo sido elegido despues patriarca de Alexandría á la edad de 60 años, gobernó aquella Iglesia cerca de seis, y murió hácia el año 940. Habia escrito un diálogo entre un melquita ó católico, y un jacobita, en el que respondia á los argumentos, de que los discípulos de Eutichês, esparcidos en Egipto y en Siria, se valian para defender sus errores, y justificar su cisma. La mas principal de sus obras que ha llegado á nosotros, es una especie de historia universal, desde el principio del mundo, hasta el tiempo en que vivia, escrita en árabe, que era su lengua materna. En ella se encuentran algunas particularidades de la historia eclesiástica y profana, de que otros autores no han hecho mencion. Por lo demas es poco fiel este historiador en el modo de referir los hechos, y aun algunas veces parece infiel de intento, como en lo que dice tocante al antiguo modo como se hacia la eleccion y consagracion de los patriarcas de Alexandría. La parte mas importante de esta obra es la cronología de sus predecesores, que pone Eutichio desde san Márcos hasta sí.

Simeon, llamado Metafraste, vivia en Constantinopla á principios del siglo décimo, y principalmente imperando

Constantino Porfirogeneta. Era de nacimiento ilustre, y consiguió los principales empleos. Su propia hacienda y el producto de sus cargos le facilitaban comprar un crecido número de manuscritos, y mantener muchos copiantes. Su inclinacion lo llevó particularmente á recoger lo que en diferentes tiempos se había escrito acerca de las vidas de los santos, y formó el proyecto de componer una coleccion lo mas completa que pudiese. El emperador, que gustaba tambien de esta especie de obras, lo alentó á este proyecto; pero como estas vidas eran de diferentes manos, y hallaba Simeon su narracion demasiado sencilla y desnuda de adornos, emprendió rehacerlas segun el gusto de su siglo, que era el de lo extraordinario y maravilloso. Como tenia la imaginacion viva y fecunda: calidad que hubiera contribuido á la perfeccion de qualesquiera otra obra que la suya, queriendo hermosear las vidas de los hombres célebres en santidad, las desfiguró. Abandonando el estilo natural del historiador para tomar el panegirista y orador, se apartó del tono que conviene al asunto que había elegido; y el adorno extraño que le agregó, alteró la noble simplicidad del asunto. Asimismo se le acusa de no haber siempre tomado por norte la verdad, y de haber procurado demasiado el agradar á costa de la fidelidad y de la sencillez. Para hacer de mayor interes la narracion, y mas sobresalientes los hechos, los carga de circunstancias extraordinarias, de pinturas singulares, de milagros á propósito para admirar á los que gustan encontrar maravillas por todas partes, y casi siempre estos agregados no tienen otro origen que su imaginacion: de donde ha resultado, que su compilacion tan estimada y leida con tanto gusto en su tiempo, ha perdido todo crédito desde que se ha examinado su mérito á la luz de la crítica; de suerte, que este escritor hace mucho tiempo que no es creído, sino quando se halla apoyado con otros monumentos mas auténticos. No sería malo que el Cartujo Surio, y el obispo Lipomano, que en el siglo XVI. emprendieron la misma obra, se hubiesen dedicado ménos á seguir sus huellas, y á copiar sus defectos.

Uno de los prelados mas sabios y mas zelosos fué Aton, obispo de Verceil. Había nacido en Francia, y era hijo del vizconde Adalberto; sin duda uno de aquellos franceses que Hugo, conde de Arlés, hecho rey de Italia

el año 926, puso lo mas que le fué posible en los obispados de su nueva conquista. De la juventud y de las primeras acciones de este obispo no se sabe nada, como ni tampoco del tiempo de su exáltacion al obispado; pero hay lugar de conjeturar que lo mas tarde fué en el año 945. Su conducta, despues que se le dió esta dignidad, es ya mas conocida. Sabemos que cumplió sus obligaciones con un zelo y fidelidad, que tenían entónces pocos imitadores en Italia. Había tomado por modelo los insignes obispos de la antigüedad, que contribuyeron tan eficazmente con sus luces y santidad á hacer respetable la religion aun á los mismos gentiles. La instruccion de su clero y la de su pueblo fueron los dos principales objetos de su aplicacion. Con diligencias infatigables, y exhortaciones eficaces hizo de sus clérigos unos varones exemplares, estudiosos, aplicados á sus obligaciones; y si los simples fieles no se instruyeron tanto, ni llegaron á ser tan virtuosos como él deseaba, los curó á lo ménos por algun tiempo de las supersticiones y de los vicios groseros de que los había hallado inficionados. No se sabe á punto fijo el tiempo de su muerte, pero se cree que no pasó del año 960. No estan impresos todos los escritos de Aton. El público carece de ellos por la singularidad incomprehensible del cabil-do de Verceil, que posee un manuscrito completo, y que se niega tenazmente á las instancias de los sabios, que ha mucho tiempo que hacen las mas vivas diligencias para conseguir una copia puntual de él. Los que se han publicado nos dan una idea muy ventajosa del zelo de este prelado, y asimismo de su mérito literario.

La primera de sus obras es un capitular ó reglamento de disciplina, dividido en 100 capítulos. Este cuerpo de estatutos, que abraza los principales objetos de la moral christiana, y las reglas del ministerio eclesiástico, está sacado de los concilios antiguos, de las decretales, sin distincion de verdaderas y falsas, que no se sabian discernir entónces, y de otros capitulares publicados anteriormente, sobre todo del que Teodulfo, obispo de Orleans, había hecho á fines del siglo octavo, ó en los primeros años del nono. En este reglamento trata Aton particularmente de la instruccion del clero, de la del pueblo, de las escuelas menores, de las reglas de la penitencia, del porte de los sacerdotes y de sus obligaciones, de los medios de evi-

tar la ignorancia, y del modo como se han de combatir los vicios, y desterrar los abusos. La segunda obra de Aton es un tratado de los trabajos de la Iglesia. Baxo de este título, que no desempeña lo que parece que promete, trata Aton en la primera parte del juicio de los obispos acusados, en la segunda de las ordenaciones, y en la tercera de los bienes eclesiásticos. En esta obra hace mucho uso de los libros sagrados, que parece haber estudiado con grande aplicacion; y el modo de aplicar los textos, ya para apoyar sus decisiones, ya para deducir de ellos sus pruebas, es por lo comun muy ajustado. Irrítase contra una infinidad de abusos que se habian introducido en la Iglesia á la sombra de las tinieblas y de la ignorancia; da á conocer sus funestas resultas, y hace memoria, como hombre instruido, de las apreciables reglas que los concilios y los pastores habian establecido tan prudentemente en los siglos anteriores, y cuya inobservancia era la causa de todos los males de que él gime. Por último, tenemos de este sabio prelado una coleccion de once cartas, muchas de ellas dirigidas á su clero, ó á su pueblo. En unas aclara muchos puntos de moral y de disciplina; en otras combate diversas prácticas supersticiosas que le costaban mucho trabajo el extirpar; y en todas se muestra muy versado en el conocimiento de las leyes canónicas y civiles, que cita oportunamente, y en las cuales parece que ha hecho estudio particular. Generalmente el estilo de Aton es mas fácil y mas natural que el de la mayor parte de los literatos de su tiempo, en comparacion de los cuales podría pasar por un escritor puro y aun elegante.

Entre los hombres célebres que han florecido en la Iglesia en el siglo X. hay pocos que hayan justificado su reputacion con títulos mas sólidos que Ratier, obispo de Verona. Acerca de su nacimiento andan discordes los autores: unos pretenden que era hijo de un artesano obscuro, y que debió su educacion á la diligencia caritativa de los monges de Lobbes; y otros lo derivan de una familia opulenta y titulada del ducado de Luxemburgo. Sea lo que fuere de estas dos opiniones, Ratier tenía bastante mérito personal y talento, sin necesitar de la nobleza de la sangre, que al fin no es mas que una carga vergonzosa para el que no sabe realzar su lustre con prendas apreciables. Siguió la carrera de sus estudios con los maes-

tros que presidian en la escuela establecida en la abadía de Lobbes, escuela que todavía conservaba algun crédito, pero que cayó muy poco despues en la ruina en que estaban ya otras muchas. El primer teatro en que dió á conocer sus talentos fué la ciudad de Leon. Allí adquirió gran fama por su eloqüencia, poco tiempo despues de haber salido de la abadía de Lobbes, en donde se cree que habia tomado el hábito monástico. Sea por disgusto, sea por ambicion, dexó una ciudad que parecia merecer que se estableciese en ella por el acogimiento honroso y lisonjero que allí se le habia hecho. Pasó los Alpes; y Hugo, rey de Italia, para atraerlo á sí, lo colocó en la silla de Verona. Apenas estuvo en posesion de esta iglesia, quando se levantaron contra él quejas y murmuraciones, cuya causa se ignora, y que llegaron en poco tiempo á tomar tanto cuerpo, que lo malquistaron con el príncipe. Tres años de cárcel en Pavia, y dos y medio de destierro en Como, habrian bastado para purgar sus culpas, si acaso alguna cometió. Desde este tiempo fué siempre su vida agitada y errante. Primero se retiró á Provenza con un señor que le confió la educacion de su hijo. De allí volvió á la abadía de Lobbes, su primera residencia, en donde quizá habria encontrado el descanso, de que no gozó jamas, si el deseo de la fortuna y de la fama no lo hubiesen hecho disgustarse de las delicias de la soledad. Otra vez salió de allí para presidir á los estudios de Bruno, hermano de Oton I., rey de Alemania. El jóven príncipe, luego que llegó á ser arzobispo de Colonia, alcanzó el obispado de Lieja para su maestro, á quien juzgaba á propósito para gobernar aquella iglesia. Sin duda lo habria sido si los talentos y las costumbres bastasen para desempeñar las obligaciones del obispado; pero era el destino de Ratier no poder gozar en paz de los empleos que por su mérito lograba. Con mucho mejores prendas de las que comunmente se necesitan para conseguirlo, no pudo hacerse amable á sus nuevos diocesanos; y despues de dos años de contradicciones, se le restableció en su primera silla de Verona, por la mediacion de Oton, y la autoridad del papa Juan XII. Allí estuvo expuesto á nuevas persecuciones de parte de su clero, á quien queria reducir á la regularidad, sin haberlo dispuesto para la reforma con aquel agasajo que aconseja la prudencia, y de que usa la caridad

para ganar los corazones. Irritado con tantos obstáculos, y enfadado del obispado, del qual solo habia conocido los trabajos, se volvió al monasterio de Lobbes á acabar allí sus dias en una obscuridad, cuyo precio habian debido hacerle conocer las desgracias de su vida. Parece que un humor inquieto, una índole demasiado ardiente, y un zelo poco moderado causaron todas sus desgracias. Murió en Namur el año 964, y se le enterró en la soledad que habia escogido para su último asilo.

Los escritos que nos quedan de este obispo no respiran mas que una fuerte indignacion contra el vicio, y un zelo que procura consolarse de su poco fruto, haciendo una pintura viva y quizá exágerada de los males que no ha podido remediar. Por todas sus obras se encuentra un corazon amargo con la desgracia, una índole incapaz de urbanidad, y que se enardece con la resistencia, una alma ocupada con el sentimiento de sus desgracias, que atribuye la causa á la malignidad de sus enemigos, y que en estilo acre describe sus desórdenes, su indocilidad, su oposicion á todo lo bueno para hacerlos mas odiosos; pero aunque el disgusto y el resentimiento parezca hayan dictado parte de ellos, son sin embargo dignos de llamar la atencion á los que gustan de estudiar las costumbres de cada siglo, y de conocer, no tan solo los vicios dominantes en las varias épocas, sino tambien los matices con que se ven señalados los mismos vicios en los diversos tiempos, cuya pintura general desarrolla á nuestra vista la historia.

En su Agonosticon, cuya substancia es sacada de los escritores de los padres, y tambien de los autores profanos, da Ratier instrucciones á las personas de todos estados y clases. Muéstrase muy instruido en las obligaciones respectivas de todas las profesiones, desde el puesto mas alto, hasta el mas baxo estado de los hombres, y en los vicios que en algun modo son propios de las varias clases que componen la sociedad. Las lecciones que da á todos, y las reglas de gobierno que les prescribe, estan llenas de prudencia, aunque su rusticidad mezcla algunas veces con observaciones cierta acrimonia que se acerca á la sátira. En su tratado del menosprecio de los cánones se entrega á su fervor ordinario contra los presbíteros y diáconos encargados de la administracion de los bienes eclesiásticos: los acusa de apropiarse las rentas, de las

quales no tienen mas que el régimen y distribucion; de suerte, que todos los clérigos inferiores estan privados de la porcion que se les atribuye por los cánones, y reducidos á todos los males de la pobreza; y por último, en sus sermones, que son ocho, reprehende en el estilo mas vehemente los desórdenes que enardecen su zelo. En ellos se muestra muy instruido de los verdaderos principios de la moral y del espíritu que animaba á la Iglesia en los siglos en que el fervor era la virtud comun de los christianos; pero representando la imagen de aquellos felices tiempos, y contraponiéndoles las costumbres del suyo, se ve muy claramente que no siempre le inspira una caridad libre de algun otro motivo extraño. Los otros escritos de este obispo los ocasionaron las altercaciones que perturbaron su vida. Allí se entrega á toda su vivacidad, y muchas veces la extiende mucho mas allá de los límites en que debe contenerse una justa defensa. Su estilo es fuerte, enérgico, vehemente, algunas veces obscuro y forzado, porque teniendo exáltada la imaginacion con la amargura que rebotaba en su corazon, buscaba expresiones que correspondiesen á los impulsos de indignacion que por sus desgracias y su dolor se habian hecho estado habitual para él.

Floardo, el único escritor de su tiempo, que ha dado mas claridad á la historia del siglo décimo, nació á fines del nono en Epernai, sobre el Marne, ciudad pequeña, cinco leguas de Rheims. Estudió en la escuela de la misma ciudad; y fué tanto lo que adelantó en letras y virtud, que se grangeó la estimacion de los prelados que gobernaron entónces la iglesia de Rheims. Confiáronsele los archivos de esta iglesia, de la que despues llegó á ser canónigo. El empleo de archivero, muy conforme con su inclinacion á las investigaciones históricas, poniale en las manos una infinidad de obras originales, cuyo precio supo conocer. Siguiendo estos monumentos auténticos, cuyas varias épocas discernia como hombre versado en este genero de erudicion, compuso su historia de la iglesia de Rheims. No sabemos por qué motivo abandonó Floardo la canongía para abrazar el instituto monástico; pero se debe creer que fué con el anhelo de trabajar en su perfeccion, y dedicarse al estudio con ménos distraccion en el silencio del retiro. Asimismo se ignora qual fué el

monasterio que escogió para su residencia. En adelante fué ensalzado á la dignidad de abad. El haberse retirado á la soledad fué motivo para que se aumentase la estimacion de que ya gozaba. Esto debia de ser conforme á las ideas del tiempo, y por una consecuencia de las mismas ideas, habiendo llegado á vacar las sillas unidas de Noyon y de Tournay, fué elegido para ocuparlas; pero habiéndole suscitado la ambicion un competidor, no hizo valer su derecho, sea que temiese encontrar obstáculos muy difíciles de vencer, ó que mirase el estado monástico como mas seguro para la salvacion, que no el obispado, cuyos peligros no podia ménos de conocer un varon tan piadoso y tan instruido. Así que Flodoardo permaneció hasta el fin de su vida en el estado que habia escogido, siempre aplicado al estudio, y á los ejercicios de piedad, y murió santamente el año 966 de edad de 73.

No hablaremos de las poesías de Flodoardo, composiciones muy semejantes á todas las demas del mismo género que parecieron en su tiempo, para que su nombre les dé un mérito que por sí no tienen. Con mucho mayor fundamento puede aspirar á la estimacion de los sabios. Su historia de la iglesia de Rheims, y su crónica, bastan para singularizarlo entre la turba de escritores de su siglo. La primera de estas dos obras comprehende todo lo que corresponde á la iglesia de Rheims, desde su fundacion, hasta el año 949. Pocas historias hay mas ciertas, por haber tenido el autor á la vista todos los documentos en que se apoya, ni tampoco de mayor interes, porque con motivo de la relacion que los arzobispos de Rheims han tenido con los príncipes y papas de su tiempo, desde San Remigio, hasta mitad del siglo décimo, se extiende Flodoardo sobre los negocios generales de estas diferentes épocas. Su crónica, que empieza en el año 919, y que concluye en el 967, contiene una relacion por menor de todo lo mas notable que ha pasado en este espacio de tiempo, ya en Francia, ya en los estados vecinos. Esta obra, como tambien la primera, es estimada de todos los sabios; generalmente Flodoardo es exácto, fiel, lleno de candor; y su estilo sencillo y sin adorno, y por aquella franqueza y tono de verdad que reyna en todos sus escritos, inspira confianza.

Este artículo lo concluiremos con las noticias que

prometimos dar sobre el papa Silvestre II., que sin contradiccion fué el hombre mas justamente celebrado, y el mas instruido de todo el siglo décimo. Su nombre, como se sabe, era Gerberto; nació en la pequeña ciudad de Aurillac, en Aubernia, ó en las inmediaciones, de una familia obscura y pobre, sin que se sepa á punto fixo en qué año. Educósele en la abadía de Aurillac, tuvo allí sus primeros estudios, y tomó el hábito monástico. Despues de haber pasado algun tiempo en este retiro, alcanzó de sus superiores licencia para salir de él; pero siempre con las mismas obligaciones de monge para ir á perfeccionar la instruccion que ya tenia, y adquirir otras nuevas, recorriendo las escuelas mas afamadas, y tratando con los doctos maestros que las regentaban. Gerberto gastó muchos años en hacer estos viages literarios, y fueron los que empleó con mas utilidad en su vida (a). No llevaba otro fin que el de extender sus conocimientos, y satisfacer el ansia que tenia de saber: especie de necesidad que experimentan ciertas almas, y que excita en ellas una inquietud y un deseo que les cuesta trabajo contener. De este modo iba echando los fundamentos á la reputacion de que ha gozado y á

(a) Es de extrañar que el autor haya omitido que de donde sacó principalmente Silvestre sus vastos conocimientos fué de España, á cuyas célebres escuelas acudió despues de haber frecuentado las de Fleuri y de Aurillac, baxo Raymundo y otros maestros que tenian reputacion en Francia; y no pudiendo aquí satisfacer su curiosidad, vino á apagarla á España guiado de la fama de su doctrina. Con efecto, volvió Silvestre tan lleno de conocimientos á Francia y á Italia, que le creyeron al principio poseido de mágica, y despues fué el maestro de todos los que deseaban saber. Los autores de la historia literaria de Francia pretenden que Silvestre no hizo mas que entrar en Cataluña, sin internarse en España; pero por los testimonios de Ademaro, citado por Pagi al año de 999, de Orvietan, *Lami delie. erudit. tom. 2.* y de Tritemio se evidencia que estuvo en Córdoba y en Sevilla, como refiere Floriana, y el erudito abate Andres en su historia de la literatura, *tom. 1. cap. 9.* en donde tambien observa que sus maestros no fueron precisamente árabes, sino españoles, bien que la doctrina, por lo que toca á las ciencias naturales, fuese arábica. No fué solo Silvestre el que viajó á España para instruirse en aquellos tiempos incultos. El inglés Morley y Gerardo de Cremona adquirieron en Toledo la instruccion en el árabe y en las matemáticas, que llevaron á sus países, y manifestaron en sus escritos, sin que al primero le hubiese satisfecho la que sacó de las universidades de Paris y Oxford, en que antes habia estado. Atelardo ilustró tambien á la Inglaterra á la vuelta de España con varias traducciones de libros arábicos; y de otros griegos, ó traducidos del árabe. En una palabra, el viajar á España, y el aprender la lengua arábica, se consideraba entónces como necesario para ser literato: prueba visible del gran esplendor á que llegaron en España las letras en una época en que casi toda la Europa yacia sumergida en la ignorancia.

la fortuna á que llegó. A este literato no lo seguiremos en las alternativas de ventura y de desdicha, por las cuales pasó antes de ser exáltado á la silla pontificia. En este grado supremo de grandeza, es en el que se le ha de considerar para formar una justa idea de su mérito, porque aquí fué donde desenvolvió todo su talento. El que tenía para el gobierno, no cedía en nada al que sirve para adornar el entendimiento, y perfeccionar la razon. De esta suerte, por eminente que sea la dignidad pontificia, Gerberto, que la ocupó tan gloriosamente con el nombre de Silvestre II., no estuvo en ella fuera de su lugar. Consiguíola en unos tiempos trabajosos y alborotados; pero se manejó con tanta prudencia, que supo agradar al emperador, zeloso de su poder, y á los romanos encaprichados siempre con el vano proyecto de restablecer la república. En un pontificado de quatro años y algunos dias halló modo de hacerse útil á la Iglesia, ya formando reglamentos llenos de entereza contra los abusos que en algun modo habian prescripto contra las leyes canónicas, y reducido á la inaccion la autoridad de los pastores, y ya aprovechándose diestramente de su favor con el emperador Oton III., su discípulo, para aumentar el esplendor de la santa Sede, y asegurar el gozo de los ricos dominios de que estaba en posesion. Este ilustre pontífice faltó á la religion y á las letras el dia 12 de Mayo del año 1003.

Si se considera este pontífice por la parte del talento é instruccion, no se podrá ménos de conocer la razon de los que lo han llamado hombre asombroso y prodigioso de su siglo. Todas las ciencias exercitaron sucesivamente su entendimiento y su pluma. Capaz de extender su círculo, lo recogió rápidamente, y muchas veces pasó con su ingenio mas allá de los límites en que se habian detenido hasta él. Igualmente á propósito para las ciencias exáctas, que para las artes de gusto, fué geómetra, astrónomo y calculista, en grado que admira todavia quando se le compara con su siglo; y no obstante, la sequedad propia de las fórmulas de estas ciencias abstractas, fué eloqüente en un tiempo en que ya era mucho saber explicar sus pensamientos con claridad. Sus tratados sobre la aritmética, geometría y la astronomía acreditan lo puntual de su entendimiento, y su penetracion; y lo que los distingue con ventaja de los escritos del mismo género, publicados por

los sabios, que con corta diferencia florecieron en la misma época, es el cuidado que tiene de juntar casi siempre la práctica con la teórica, y de reducir, en quanto puede, á la utilidad unos conocimientos que para otros no eran mas que objeto de un estudio curioso y estéril. Sus razonamientos son de una eloqüencia noble, fuerte y eficaz. En ellos se advierte una imaginacion viva y sabia, un espíritu que presenta su asunto por el lado mas favorable, y que hace disponer sus razonamientos de modo que produzcan el mejor efecto: y se ven tambien semillas de gusto que hubieran brotado en los tiempos floridos de la literatura. Sus cartas estan llenas de interés, y pueden servir mucho, tanto para su propia historia, como para la del siglo décimo. Por último, sus tratados teológicos prueban que la ciencia de la religion le era tan familiar como todas las demas, y que habia penetrado lo profundo de ella. Lo que á este sabio le faltó, fué un siglo mas digno de poseerlo, y contemporáneos mas capaces de apreciar su mérito, y de aprovecharse de él. Si es cierto, como se ha sospechado, que los sediciosos de Roma aceleraron su muerte por medio del veneno, este es doble delito, Silvestre merecia vivir, ya como pontífice para trabajar en la gloria de la religion, y ya como sabio para esclarecer al mundo (a).

(a) Sin embargo de las tinieblas en que se hallaban las letras en este siglo, florecieron en España Ragüel, presbítero y natural de Córdoba, que escribió en lengua latina la vida y martirio del niño San Pelayo; cuya constancia, en defensa del nombre de Christo, fué tan célebre por las circunstancias de ser martirizado de edad de trece años y medio, y haber sido los tormentos que sufrió de los mas atroces que pudo inventar la malicia, que apenas llegó este escrito á noticia de la erudita monja alemana, llamada Rosvita, formó de él un precioso poema latino, que con otras poesias que compuso dió á luz Conrado Celles en Nuremberg en 1501. La obra de Ragüel, por la qual compuso puntualmente su poema Rosvita, la dió á luz la vez primera Ambrosio de Morales, con las obras de san Eulogio, que estan en el tomo 4. de la España ilustrada, y Juan Alberto Fabricio en el libro 17 de la biblioteca *media & infima latinitatis*, dice, con autoridad del mismo Ragüel, que éste escribió el martirio de san Pelayo antes del año de 966.

Y Salvo, abad del monasterio Benedictino de Alvela, en Rioja, cerca de Logroño, de quien Auburgo Mireo, con Aguirre y otros, en la página 102 de la Biblioteca eclesiástica, impresa en Amberes en 1639, dice: „Salvo, abad del Monasterio Alveldense, sugeto de bello decir, exquisita sabiduría, elegante, sentencioso y afuente, escribió una regla para las sagradas vírgenes, en que compiten la belleza del estilo y la claridad con que escribió los himnos, oraciones, versos y misas que puso en un estilo tan sublime, que la dulzura de sus palabras infunde mucha contricion de corazon á los que leen y á los que escuchan. Su autor fué pequeño de cuerpo, y endeble; pero